

III *El colegio y la circuncisión*

Mohamed llevaba de las manos a Radia y Abderrahim. Este iba con la cabeza gacha dando patadas a los papeles y a los botes que se encontraba en el camino. Al llegar al colegio preguntaron al Conserje si podrían ver al Director.

—Tienen que esperar. Aún no ha llegado. Siéntense en ese banco de la entrada.

Abderrahim jugaba con las piernas y levantaba la mirada cada vez que veía algún niño o niña pensando para sí "ése me gana, tiene más fuerza que yo" o "a éste le puedo con facilidad". Un grupo de maestros pasó junto a ellos y una de las profesoras comentó:

—¡Vaya, más moritos...!

—¡Calla! Seguro que el padre sabe hablar español —le recriminó una compañera.

Radia había observado que en el nuevo idioma, la palabra que más había escuchado era la de "moritos".

—Papá, todos los españoles dicen "morito" y nos miran. ¿Qué significa esa palabra?

—Se refieren a nosotros, a los marroquíes. Es la palabra que más vais a oír durante los primeros meses que estéis en España. Os la pueden decir de dos formas, con dos significados aunque sea la misma palabra, en sentido cariñoso y para ofenderos. Mi consejo, por ahora, es que *paséis* del que os quiera insultar con la palabra.

—Pero, ¿qué significado tiene?

—Mirad, en España estuvieron los árabes más de 800 años, nuestros antepasados, y durante mucho tiempo se les llamaba moros. Al final lograron echarlos hacia el norte de África, hasta Marruecos, pero el nombre lo continúan utilizando especialmente para ofendernos.

Lo que muchos españoles no saben es que por las venas de muchos de ellos corre sangre "mora".

—¿Son como nosotros, de nuestra familia?

—intervino Abderrahim.

—No exactamente. Cuando los árabes españoles, porque eran españoles ya que habían nacido aquí, llegaron a Marruecos, muchos de ellos llevaban apellidos españoles, Ruiz, Aragón, Páez, Requena, Bermejo, Torres, porque se habían casado con cristianos o cristianas. Cuando seáis mayores y conozcáis a personas de Fez, de Tetuán o de Rabat veréis que tienen estos apellidos.

—¡Nosotros, no! —Abderrahim lo dijo con rabia al mismo tiempo que echaba la zancadilla a un niño gordo que pasaba junto a él.

El niño miró con cara de pocos amigos a Abderrahim y se contuvo al ver al padre que ya le había dado un pellizco en el brazo.

—¡No empieces el primer día...! Nosotros somos beréber y no árabes. Vosotros sois marroquíes, beréber y musulmanes por la religión.

—Que pueden pasar ya —les interrumpió el Conserje.

Se presentaron al Director y éste condujo a los niños a sus respectivas aulas, Abderrahim a la clase de 3^o en el segundo piso y Radia a la de 5^o, en el primero.

Marina era la profesora de Abderrahim. Este la observó en un primer vistazo. Gorda, pelo rizado recogido con una goma, gafas de miope, zapatos de medio tacón y vestido de flores llamativas, sonrisa forzada de bienvenida. "No le caigo bien pero ella a mí tampoco. Creo que podré con ella", pensó Abderrahim.

—¡Hola guapo! Mirad, niños, éste es nuestro nuevo compañero. Es de Marruecos y es la primera vez que viene a un colegio español. ¿Cómo te llamas?

Abderrahim no entendía nada y miraba fijamente a los ojos de la maestra.

—Mira, yo —se señalaba a sí misma— Marina ¿y tú? —dijo apuntándole.

El niño comprendió al instante.

—Ana, *Abderrahim, magrebi*, beréber, *meshi* "morito" —le contestó con decisión.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —le interrogó desconcertada.

—Seño, dice que se llama Abderrahim, que es marroquí y beréber y que no es morito -aclaró Driss, otro niño marroquí de la clase que llevaba dos años en la escuela.

—Ah, se me olvidaba que tú hablas el marroquí. Me tendrás que ayudar. Bien, bien, mira te vas a sentar —llevó de la mano a Abderrahim hasta el penúltimo asiento de una fila-junto a Laura que es una de las mejores niñas de la clase. Ella te ayudará bastante.

Abderrahim se quedó de pie junto al pupitre, por nada del mundo se sentaría junto a una chica.

—Siéntate, por favor —le insistió Marina.

—Profe, dice que él no se pone junto a niña —le aclaró Driss.

—Bueno, pronto empezamos. Vale, Driss, que se siente contigo.

La Seño le dio un lápiz, un cuaderno y una goma de borrar. Le dibujó unos círculos, unos palotes y unas curvas que parecían serpientes y le señaló la tarea. Borró las curvas porque le recordaban culebras y él las tenía pánico, garabateó dos círculos y tres palotes y se cansó. Cogió la goma de borrar y comenzó a hacerla cachitos, se los ponía sobre la mano derecha y con los dedos gordo y corazón los lanzaba con fuerza a la cabeza de los demás. Laura recibió el impacto y le miró con mala cara. Abderrahim le sacó la lengua y Laura le contestó con una "caña".

A los pocos minutos, Driss levantó la mano y pidió permiso a la maestra.

—Seño, *pis*, por favor.

—Vale, pero no tardes.

-Fein *mashi* —preguntó Abderrahim a su compañero.

—*Ana fia bula* —le contestó en marroquí.

-¡Ah...!

Media hora más tarde Abderrahim se acercó a la mesa de la maestra y le dijo:

-*Bul*

-¿Qué?

—*Bul, bul* —repitió cruzando las piernas y señalándose la bragueta.

—Ah, *pis*, se dice *pis*. Vale, vete. Dris acompañaile que no sabe dónde está el water.

Al entrar al cuarto de baño de los chicos, descubrió tres lavabos, cuatro retretes y cinco urinarios que le resultaban nuevos. Su compañero le explicaba para qué servían mientras él abría los tres grifos dejando que el agua corriese libremente. Desde que llegó a España le encantaba que el agua se encontrase tan fácilmente sin tener que ir a buscarla con el burro. En uno se lavó las manos, en otro la cara y en el último se mojó el pelo.

—Eh, ¿haces pis o qué? —le dijo

Driss.

—¿Dónde?

—Pues en los urinarios, aquí.

Comenzó a mear y fue soltando un cho-rrito en cada uno de los urinarios.

—Pero ¿qué haces? Vas a manchar el suelo.

—Tú me has dicho en los urinarios, no en uno solo —le aclaró Abderrahim.

Antes de regresar a la clase, tiró de todas las cadenas de los retretes para observar cómo salía el agua.

De nuevo en su pupitre, dibujó unos cuantos palotes y acabó la línea de círculos. Volvió a levantar la mano y dijo en voz alta a la Seño.

-*Pis*

—¿Otra vez? Anda, vete.

No pasó por los servicios. Recorrió todo el pasillo curioseándolo todo. Apretó los interruptores de la luz y los volvió a desconectar. Se paró ante un mural en el que había dibujado un gran árbol lleno de bolas de algodón. Fue arrancando trozo a trozo, los juntó hasta formar una pelota y se puso a jugar con ella por el pasillo. En una de las carreras se fijó en un interruptor que tenía dibujada una campana. Apretó y sonó el timbre. No se encendió ninguna luz. Volvió a tocar y el timbre sonó más tiempo. Asomó la cabeza el Conserje y Abderrahim subió las escaleras sin mirar hacia atrás. Al entrar en el aula la Señora estaba comentando.

—Hoy se ha equivocado el Conserje. Aún no es la hora del recreo. Debe tener el reloj mal. No salimos todavía.

Con la cabeza agachada sobre el cuaderno, el muchacho apretaba el lápiz sin apenas respirar. A la media hora volvió a sonar el timbre y todos salieron al recreo. Raúl organizó en un momento los dos equipos de fútbol. Situó al nuevo alumno en el suyo y comenzó el partido. Abderrahim no sabía las normas y cada vez que le llegaba la pelota, la atizaba en cualquier dirección, hacia su portería o hacia la contraria.

—No, así no. Tú siempre chuta a ésa de ahí —le regaña Raúl.

Y Abderrahim, ni caso, a su bola, patadas allá y acá, fuera del campo, hasta sacar de quicio al capitán quien se encaminó a él con rabia.

—¿Eres tonto o qué? ¿No te he dicho que para allá?

Le apretó en el brazo y Abderrahim le lanzó una patada a las espinillas. Raúl contraatacó con un puñetazo junto a la oreja y los dos rodaron por el suelo jaleados por los demás compañeros. "Dale, dale", decían animando a Raúl. Intervino el profe que cuidaba del recreo llevándose a los dos de las orejas hasta un banco. Las miradas que se lanzaron cada uno en el

extremo del banco eran los indicios de una declaración de guerra.

Sonó el timbre de entrada y Abderrahim se levantó, se dirigió al tronco de un árbol y se puso a mear sin rubor alguno delante de un grupo de chicas de su clase.

—Anda, tiene el pito pelado —comentó Carolina con sonrisa picarona.

—Es verdad, no lo tiene como mi hermano —certificó Laura.

—¿Por qué será?

—Ya tiene mote el morito. A partir de hoy le llamaremos "pito pelao"

—Eso, eso, "pito pelao, lo tiene colorao" —remató Carolina.

¡Qué descubrimiento! Habría que preguntarle a la profe por qué. Pero ¿quién se atrevería?

—Que se lo pregunte María que es medio tontorrón, bueno, la más inocente —dijo Laura—. María, dile a la Señora por qué Abderrahim no tiene el pito como los niños españoles.

—¿Por qué yo? Si yo no se lo he visto —protestó la niña.

—A ti te quiere Marina.

Y a ella se dirigió María. La profe se sorprendió de la pregunta y...

—Eso se llama circuncisión. En su país e hace a los hombres solamente cuando son pequeños.

—¿Para qué? —Laura continuó la conversación.

—La punta del pene de los niños —sonrisas en toda la clase— está rodeada de una piel que lo cubre y solo asoma el agujerito por donde sale el pis. No os riáis porque muchos de vosotros, cuando seáis mayores, os tendréis que operar y os dolerá mucho. Se llama fimosis.

—Anda, a mi hermano lo han operado de eso. Lo he oído en mi casa y no querían explicar la operación, solo me han dicho que no era peligrosa —dijo Pepe.

—Hay muchas religiones —continuó Marina— que tienen por costumbre o como obligación hacerlo: los hebreos, los musulmanes... Pero no sé mucho sobre

esto. Si queréis, llamamos al papá de Abderrahim y que nos lo explique esta tarde.

—¡Bieeen! —corearon todos los niños

—Dris, explícaselo a Abderrahim y dile si puede venir su padre a las tres.

Abderrahim se puso colorado y agachó la cabeza.

Por la tarde, Driss le dijo a la Señora que el papá de Abderrahim no podía venir porque le tocaba el turno de tarde en la fábrica pero que, si no le importaba, vendría al día siguiente por la mañana. Y al día siguiente...

—Niños, a ver, prestad atención. Éste es el papá de Abderrahim que nos va a hablar sobre una de sus costumbres, la circuncisión. Poned atención y haced las preguntas que queráis pero con orden.

—Gracias, profesora. Es importante para niños y profesores conocer otras costumbres y culturas para que podamos entendernos mejor. Tenemos que pensar que los nuestro no es lo mejor, es sencillamente distinto —Moha-med se sentía importante ante el auditorio.

—¿Por qué habla usted tan bien el español? —interrumpió Raúl.

—Llevo en España diez años y además, he estudiado —le contestó el señor Mohamed.

—¿En Marruecos se estudia? —insistió Raúl.

—Pues claro, en Marruecos y en todos los sitios. Os decía que somos distintos. Si miráis a vuestros compañeros españoles, veréis que unos son rubios, otros morenos y otros de color castaño, unos más bajos que otros o más delgados y casi con toda seguridad, muchos de vosotros no han nacido en Madrid sino en otras provincias. Eso no quiere decir nada, simplemente que sois diferentes pero, al fin y al cabo, niños.

—Pues mi papá dice que los talibanes son muy malos —le cortó Laura.

Mohamed se sonrió.

—Es posible que algunos pero no todos. La maldad y la bondad están en todas partes, aquí, en Francia, en Estados Unidos.

—¿Por qué habéis venido a España tantos moros? ¡Anda, perdón! —le preguntó Raúl otra vez.

—No, si no me importa. Se nota que lo has dicho sin mala intención. Hay países pobres y ricos. Marruecos es pobre y no hay trabajo para todos. Si no hay trabajo, no hay comida y hay que buscarla para nuestros hijos. Seguramente que alguno de vuestros abuelos tuvo que marcharse a otros países no hace tantos años para buscar el pan de sus hijos. El mundo es muy grande y todos cabemos dentro de él.

—No interrumpáis tanto al señor Mohamed. Dejadle hablar y al final preguntáis —propuso Marina.

—La circuncisión se llama en árabe *tahara*.

—¿Cómo? —volvió a interrumpir Raúl.

—*Ta-ha-ra* —repitió a golpes el padre— Esta palabra significa purificación. Es un mandato religioso de nuestra religión, algunos dicen que no es obligatoria. No viene de los tiempos de nuestro Profeta Mahoma sino de tres mil años antes, de los tiempos de Abraham. La profesora de religión católica os habrá hablado de Abraham ¿verdad?

—La profe de religión es muy aburrida —replicó Raúl—, siempre estamos pintando vírgenes.

—¡Vale, Raúl! —le recriminó Marina.

—La circuncisión se hace por higiene o sanidad y consiste en cortar un trozo grande de piel que los niños tienen en la punta del pene —risitas, bajadas de cabeza y miradas de picardía entre los alumnos—. Se suele practicar a distintas edades pero es muy recomendable hacerlo cuando el niño es pequeño, entre los dos y los siete años. Antiguamente, especialmente en los pueblos, la practicaba el barbero quien con una cuchilla muy afilada cortaba a sangre fría, sin anestesia, el prepucio, así se llama

esa piel. —Muchos de los niños, sin darse cuenta, se llevaron las manos a la entrepierna y se cruzaron los pies—. La realizan los musulmanes, los judíos y otras muchas religiones del mundo. En la Europa occidental, en la que vosotros vivís, se está imponiendo esta costumbre para evitar las operaciones de fimosis cuando se es mayor, porque es mucho más dolorosa. El *tahara* se suele practicar en la época del *Mulud*, el nacimiento de *Mahoma*, y hoy se utiliza la anestesia para que el niño no sufra. Si os contase cómo fue la mía... ¡qué dolor!

—¡Cuéntenosla, *por fal* —la morbosidad y la curiosidad de los niños iban en aumento.

—Al final, y si no le importa a la profesora. Ese día es una gran fiesta para toda la familia y especialmente para el niño. Este recibe muchos regalos, se viste de forma tradicional con babuchas amarillas, unos pantalones anchos hasta la rodilla que se llaman *sarual*, un chaleco, y sobre todas estas vestimentas, se le coloca una capa llamada *silham*. Ah, se me olvidaba, también lleva un gorro rojo muy bonito, el *tarbuz*. Toda la familia va a la mezquita, a la iglesia para que me entendáis.

Abderrahim se aburría porque no entendía nada. Levantaba la cabeza cuando oía alguna palabra en beréber y volvía a hacer rodar su lapicero por el pupitre.

—¡Qué raros son estos moros! —comentó Carolina con su cara de bonachona bobería.

—Y eso es todo, chavales —concluyó el padre de Abderrahim.

—¿No nos iba a contar su circuncisión? —le recordó Laura.

—No tenemos tiempo. Hay que hacer otras cosas —dijo la profe.

—¡Síiiii...! -gritaron todos los alumnos.

—Esto es importante. Así aprenderemos otras cosas que la clase del otro tercero no sabrá

—Raúl sabía buscar soluciones y convencer a la maestra.

—Bueno, ¿nos lo cuenta?

—Con mucho gusto —hizo una pausa—. Hacía días que venía observando que en mi casa había actividades inusuales. Mi madre y mis tías estaban preparando dulces especiales, habían hecho limpieza general en toda la casa, habían ido a comprar a la ciudad. Mis hermanos mayores me miraban de forma especial, con más mimos de lo acostumbrado. La solución me la dieron mis compañeros de escuela al día siguiente: "Es la fiesta del *Mulud* y ahora se hacen los *tahara*. Por la edad que tienes, puede ser que te toque a ti". ¡Vvy *imma habiba diali!*, pensé yo, eso es, seguro.

—¿Que significa lo que ha dicho? —volvió a preguntar Raúl.

—¡Ay madre mía! Hasta ese momento lo había visto tan lejano... Además yo, con siete años, creía que todos los niños que estaban circuncidados se quedaban sin pito, que ya no podrían mear nunca más y ¿qué iba a hacer yo con la orina? La noche anterior a la fiesta hubo tormenta, a mí me han dado mucho miedo las tormentas, y aquello era un mal presagio. Cuando las grandes gotas de agua chocaban contra la paja del techo de mi casa, los relámpagos iluminaban mi habitación y los truenos retumbaban en mis oídos, grandes lágrimas corrían por mis mejillas en silencio para que no me oyesen mis hermanos y no pensasen que yo era más cobarde que ellos. Me dormí tarde y tuve un sueño horroroso en el que un gigante con una navaja de afeitar corría detrás de mí y yo no podía moverme. Cuando estaba cerca de mí y mis pies eran incapaces de despegarse del suelo, levantó la cuchilla, yo me tapé con las manos el cuello y... me desperté sudando — toda la clase estaba en silencio y con los ojos abiertos—. Por la mañana mi madre me lavó con agua caliente en un barreño y al verme desnudo pensé que, a partir de hoy, ya no sería yo, me faltaría algo.

—¿No tenéis baños o duchas? — preguntó Laura.

—En los pueblos no hay agua corriente, en las ciudades sí.

—¡Qué atrasados viven los moros! — comentó Laura a Cristina en voz baja.

—Te he oído pero no tiene importancia porque además es verdad. Bueno, depende, en las ciudades tienen de todo pero en los pueblos... Para lavarnos utilizamos los *hamman*, los baños públicos y a ellos vamos cada semana para hacer una limpieza a fondo. Se paga pero poco. Son como las saunas de aquí. Bueno, como os decía, me fui vistiendo con una capa de tela blanca y sobre ésta, otra de color rojo adornada con cintas de colores y mi cabeza ceñida con una cinta de seda. Sobre mi hombro colgó una cajita de plata que se llama *tahlil* en la que iban varios amuletos y mi tía me pintó las manos y los pies con *henna*, una pasta de color rojizo que se ponen algunas mujeres españolas en el pelo para que les brille más. Me tomó mi tío en brazos para que no tocara la tierra ya que cualquier niño en el día de su circuncisión tenía *baraka*, suerte, y no podía pisar el suelo, y me subió al caballo más bonito del pueblo que iba muy enjaezado camino de la mezquita. Detrás del cortejo iban varios chicos con cañas y palos de los que iban suspendidos trapos y pañuelos a modo de banderas, un grupo de músicos con sus gaitas, tambores y panderetas, mi padre con los parientes más cercanos y los convidados. Al llegar a las puertas de la mezquita, vi que algunos niños de mi edad y vestidos como yo, salían llorando. Mi tío volvió a tomarme en sus brazos y así me introdujo en la mezquita. Al fondo estaban colocados cinco hombres con una camisa y unos pantalones como únicas vestimentas y remangados hasta los hombros, cuatro de ellos estaban sentados, el quinto de pie para recibir a las "víctimas". Dos de los sentados tenían en las manos los instrumentos para dar el corte, unas tijeras grandes y una cuchilla superafilada, y los otros dos una bolsita con polvos blancos

que no sabía para lo que eran. Mi tío se acercó y besó la cabeza del que presidía. Me agarraron con fuerza los dos que tenían las manos libres y de nada me sirvieron mis esfuerzos, mis gritos y llantos. Los ojos los tenía fuera de mí y no se apartaban de aquella cuchilla que a mí me parecía una guadaña vengadora. "No te muevas porque te dolerá más", me decía el presidente. Ni le escuché. Me bajaron los pantalones y aquella guillotina se dirigió a cámara lenta hacia mí, fueron los segundos más largos de mi vida, y... ¡zas!

—¡Ay! —gritó inconscientemente María.

—Eso, ¡ay! dije yo, pero ya no había remedio, me había quedado inútil para toda la vida. Me echaron un desinfectante y vi que uno llevaba lo que yo creía era mi colita en la mano y la arrojaba a la bolsa — toda la clase menos Abderrahim guardaba un silencio sepulcral y esperaba el desenlace—. Lo tuve todo tapado durante tres días y sin embargo yo podía mear. Claro, me dije, me han dejado solamente el agujero para orinar. Cuando mi madre me quitó los vendajes, ¡sorpresa!, vi con enorme alegría que no me faltaba nada.

Toda la clase dio un suspiro de alivio y respiró profundamente no se sabe si por el mismo relato o porque Mohamed aún continuase vivo.

—A partir de ese día, yo me sentí más machote, como si me hubiese hecho mayor de repente. Iba a la escuela y me acercaba sin miedo al grupo de los mayores. Cuando hacíamos pis en grupo era el primero en ponerme y... bueno así fue mi circuncisión.

Los alumnos aplaudieron inconscientemente.

—Gracias, señor Mohamed —le dijo Marina cuando estuvieron solos—, además de los niños, yo también me voy a casa sabiendo algo más sobre su cultura.

A partir de aquel segundo día, Raúl, potencial enemigo de Abderrahim, sintió una especial simpatía hacia él. Pidió a la

Seño que le sentase junto a su mesa y se
hicieron amigos inseparables

